

A. C. H. Smith

DENTRO
DEL
LABERINTO

Traducción del inglés
Noemí Risco Mateo

 NOCTURNA
EDICIONES

Madrid, 2010

Título original inglés: *Labyrinth*



© de la obra: The Jim Henson Company, 1986

© de la traducción: Noemí Risco Mateo, 2010

© del diseño: Juan Antonio Fernández de Castro

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Lope de Rueda, 3, 6.º C. 28009 Madrid

info@nocturnaediciones.es

www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: mayo de 2010

Composición: Safekat, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Ino Reproducciones, S.A.

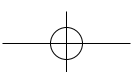
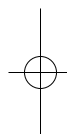
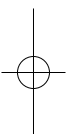
ISBN: 978-84-937396-7-6

Depósito Legal:

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



DENTRO DEL LABERINTO



1

La lechuza blanca

Nadie vio la lechuza, blanca a la luz de la luna, negra en contraste con las estrellas; nadie la oyó planear con sus silenciosas alas de terciopelo. Pero la lechuza lo veía y lo oía todo.

Se posó en un árbol, sus garras se engancharon en una rama, y se quedó mirando a la muchacha que estaba en el claro a sus pies. El viento gemía, mecía la rama y empujaba unas nubes bajas por el cielo vespertino. También levantó los cabellos de la joven. La lechuza la estaba mirando con unos ojos redondos y oscuros.

La chica se apartó lentamente de los árboles para dirigirse al centro del claro, donde brillaba un estanque. Se estaba concentrando. Aquellos pasos deliberados la llevaban cada vez más cerca de su propósito. Tenía las manos abiertas y ligeramente extendidas delante de ella. El viento susurró otra vez entre los árboles, pegó la capa de la joven contra su esbelta figura y movió

sus cabellos alrededor de su inocente rostro. Tenía los labios entreabiertos.

—Dame al niño —dijo Sarah en voz baja, pero firme, con el valor que su petición requería. Se detuvo con las manos aún extendidas—. Dame al niño —repitió—. Por increíbles peligros e innumerables fatigas, me he abierto camino hasta el castillo más allá de la Ciudad de los Goblins para recuperar al niño que me has robado —se mordió el labio y continuó—. Porque mi voluntad es tan fuerte como la tuya... y mi reino igual de grande...

Cerró los ojos con fuerza. Un trueno retumbó y la lechuza parpadeó una vez.

—Mi voluntad es tan fuerte como la tuya —dijo Sarah con más intensidad que antes, si cabe—. Y mi reino igual de grande...

Frunció el entrecejo y dejó caer los hombros.

—Maldita sea —masculló.

Metió la mano debajo de su capa y sacó un libro que se titulaba *Dentro del laberinto*. Sostuvo el libro ante ella y leyó en voz alta. Con aquella luz mortecina no era fácil distinguir las palabras.

—No tienes poder sobre mí...

No leyó más. Otro trueno, más cercano esta vez, la sobresaltó. También asustó al perro pastor, un bobtail grande y lanu-

do al que no le había importado sentarse junto al estanque para que Sarah lo amonestara, pero había decidido que ya era hora de marcharse a casa y así se lo hizo saber con varios ladridos fuertes.

Sarah se abrigó con su capa, aunque no la calentó mucho, pues no era más que una vieja cortina, cortada y sujeta al cuello con un broche de cristal. Ignoró a Merlín, el perro pastor, mientras se concentraba en aprender el diálogo del libro.

—No tienes poder sobre mí —susurró.

Volvió a cerrar los ojos y repitió la frase varias veces.

Un reloj que había encima del pabellón del parque dio las siete y penetró en la concentración de Sarah, que clavó la vista en Merlín.

—Oh, no —dijo—, es imposible. Ya son las siete, ¿no?

Merlín se levantó y se sacudió al notar que ahora pasaría algo más interesante. Sarah se dio la vuelta y comenzó a correr con el perro a la zaga. Los nubarrones les salpicaron a ambos con grandes gotas de lluvia.

La lechuza lo había visto todo. Cuando Sarah y Merlín abandonaron el parque, siguió posada sobre su rama, sin prisa por seguirles. Aquel era su momento más preciado del día. Sabía lo que quería, pues una lechuza nace con todas sus preguntas contestadas.

Mientras corría por una calle bordeada a ambos lados de casas victorianas con setos, similares a la suya, Sarah iba refunfuñando para sus adentros: «No es justo, no es justo».

El murmullo se había convertido en un jadeo cuando alcanzó a ver su casa. Merlín, que había ido saltando con ella sobre sus patas peludas, también resollaba. Su dueña, que normalmente caminaba a un ritmo suave y ligero, tenía la extraña costumbre de volver a casa corriendo desde el parque, a última hora de la tarde. Quizás aquella lechuza tuviera algo que ver. Merlín no estaba seguro. Pero lo que sí sabía era que no le gustaba aquel ave.

—No es justo.

Sarah estaba a punto de echarse a llorar. Nada en el mundo era justo, casi nunca, pero sobre todo su madrastra era muy cruel con ella. Allí estaba, frente a la puerta de su casa, vestida con aquel espantoso traje de noche azul oscuro que tenía, el abrigo de pieles abierto para revelar un gran escote y el horrible collar que con mal gusto titilaba sobre su pecho pecoso. ¡Cómo no! Estaba mirando el reloj. No sólo lo miraba, sino que tenía los ojos clavados en él para asegurarse de que Sarah se sintiera culpable antes de acusarla otra vez.

Al detenerse Sarah en el camino del jardín, oyó a su hermano pequeño, Toby, que berreaba en el interior de la casa. En rea-

lidad era medio hermano, pero no le llamaba así desde que una amiga del colegio, Alice, le había preguntado de quién era la otra mitad del niño, y Sarah no había sido capaz de responder.

«Una mitad no tiene nada que ver conmigo».

Esa no era una buena respuesta. Además, tampoco era cierto. A veces se sentía muy protectora con Toby, quería vestirlo y cogerlo en brazos para apartarlo de todo aquello, llevarlo a un lugar mejor, a un mundo más justo, a una isla en alguna parte, quizá. Otras veces, y esta era una de ellas, odiaba a Toby, cuyos padres le prestaban el doble de atención que a ella. Le asustaba odiarlo, porque entonces se ponía a pensar en cómo podía hacerle daño.

«Tiene que pasarme algo —se decía en ocasiones a sí misma— para que quiera hacer daño a alguien a quien adoro. ¿Está mal adorar a alguien a quien odio?».

Deseaba tener una amiga que entendiera su dilema, a la que tal vez se lo contaría, pero no tenía ninguna. Sus compañeras de clase pensarían que era una bruja si se le ocurría mencionar la idea de hacer daño a Toby y, en cuanto a su padre, tal comentario le asustaría incluso más que a la propia Sarah. Así que mantenía su confusión bien escondida.

Sarah se quedó de pie ante su madrastra y mantuvo la cabeza alta a propósito.

—Lo siento —dijo con una voz aburrida para demostrar que no lo sentía en absoluto y que no hacía falta montar una escena.

—Bueno —le dijo la madrastra—, no te quedes ahí, bajo la lluvia. Vamos.

Se apartó para dejar que Sarah entrara y volvió a mirar su reloj de pulsera.

Sarah siempre se aseguraba de no tocar a su madrastra, ni siquiera le rozaba la ropa. Avanzó, pegada al marco de la puerta, y Merlín se dispuso a seguirla.

—El perro, no —dijo la madrastra.

—¡Pero si está diluviando!

La madrastra le hizo a Merlín un par de gestos admonitorios con el dedo.

—Tú, al garaje —le ordenó—. Venga.

Merlín agachó la cabeza y rodeó la casa trotando. Sarah lo observó mientras se iba y se mordió el labio. «¿Por qué —se preguntó por trillonésima vez— mi madrastra siempre tiene que ponerse así cada vez que van a salir por la noche?». Era tan melodramática... Aquella era una de las palabras preferidas de Sarah, desde que se la había oído decir a un compañero de su madre, Jeremy, cuando la usó para menospreciar a otro de los actores que trabajaba en su obra de teatro. *Es un batiburrillo de clichés*

excesivos. Recordaba el acento francés que había puesto Jeremy al decir «clichés», pues le había entusiasmado aquella sofisticación. ¿Por qué no podía su madrastra encontrar *otro papel que representar*? Le encantaba cómo hablaba Jeremy de otros actores. Ella misma había decidido convertirse en actriz para poder hablar así todo el rato. Su padre casi nunca hablaba de las personas que trabajaban con él en la oficina y, cuando lo hacía, era aburrido en comparación.

Su madrastra cerró la puerta principal, miró su reloj una vez más, respiró hondo y empezó uno de sus consabidos discursos.

—Sarah, llegas con una hora de retraso...

Sarah abrió la boca, pero su madrastra la cortó con una sonrisita forzada.

—Por favor, déjame acabar, Sarah. Tu padre y yo salimos muy pocas veces...

—Salís todos los fines de semana —la interrumpió enseguida.

Su madrastra ignoró su comentario.

—... y te pido que cuides del pequeño sólo cuando no trastorna tus planes.

—Y tú, ¿cómo lo sabes? —Sarah se había dado media vuelta para no halagar a su madrastra con su atención y estaba ocupada dejando su libro en el perchero de la entrada, quitándose

el broche y colocándose la capa plegada en el brazo—. No sabes cuáles son mis planes. Ni siquiera me lo preguntas.

Miró su cara en el espejo del perchero para comprobar que su expresión era fría y serena, no exagerada. Le gustaba la ropa que llevaba puesta: una camisa color crema de mangas abullonadas, un chaleco ancho y brocado encima de la camisa, unos vaqueros azules y un cinturón de piel. Se apartó aún más de su madrastra para ver cómo le caía la camisa del pecho hasta la cintura y se la metió un poco por el cinturón para que le quedara más ceñida.

Mientras tanto, su madrastra la observaba con frialdad.

—Supongo que me lo hubieras dicho si hubieras quedado con alguien. Me gustaría que tuvieras una cita. Una quinceañera debería salir con chicos.

«Bueno —pensó Sarah—, si tuviera una cita, tú serías la última persona a la que se lo contaría. Qué visión de la vida más melodramática, no, más bien hortera —sonrió tristemente para sí misma—. Quizás un día quede con alguien —pensó—, tal vez lo haga, pero seguro que no te gusta ni lo más mínimo cuando veas con quién salgo. Aunque dudo que lo llegues a ver. Lo único que oirás será la puerta que se cierra detrás de mí y espiarás por la ventana, como sueles hacer, con la nariz asomada entre esas horrorosas cortinas de falso encaje que pusiste, y verás las

luces traseras de una fabulosa limusina gris perla que desaparecerá al doblar la esquina. Después, seguirás viendo las fotos en las revistas de nosotros dos juntos en las Bermudas, en Saint-Tropez y en Benarés. Y no podrás hacer nada al respecto, a pesar de tu estricta opinión sobre la hora de irse a la cama y la psicología del desarrollo, sobre mis obligaciones y que el tubo de la pasta de dientes debe enrollarse desde abajo. Ay, madrastra, ¿te arrepentirás cuando leas en *Vogue* el dineral que nos ofrecen los productores de Hollywood por...?».

El padre de Sarah bajó las escaleras hacia el vestíbulo. Llevaba en brazos a Toby, que iba vestido con un pijama a rayas rojas y blancas. Le dio unas palmaditas al bebé en la espalda.

—Sarah —dijo suavemente—, por fin estás en casa. Estábamos preocupados por ti.

—¡Déjame en paz!

Por temor a echarse a llorar, Sarah no les dio la oportunidad de razonar con ella y salió corriendo escaleras arriba. Siempre eran muy racionales, sobre todo su padre, muy pacientes y dulces con ella, y estaban totalmente convencidos de que tenían la razón y de que sólo era cuestión de tiempo que ella accediera a hacer lo que deseaban. ¿Por qué su padre siempre se ponía de parte de esa mujer? Su madre nunca ponía esa cara de transigente afligida. Era una mujer que podía gritar y reír, abrazarte

o abofetearte en uno o dos minutos. Cuando Sarah y ella se peleaban, había una explosión; pero a los cinco minutos, ya se habían olvidado.

En el vestíbulo, su madrastra se había sentado y todavía llevaba el abrigo de pieles puesto mientras le decía, cansada:

—Ya no sé qué más hacer. Diga lo que diga, me trata como la malvada madrastra de un cuento de hadas. Lo he intentado, Robert.

—Bueno... —el padre de Sarah le dio unas palmaditas a Toby, pensativo—. Debe de ser duro que tu madre te abandone a esa edad. O a cualquier edad, supongo.

—Eso es lo que siempre dices y, por supuesto, tienes razón. Pero ¿cambiará algún día?

Sujetando a Toby con un brazo, Robert le dio unas palmaditas a su esposa en el hombro.

—Iré a hablar con ella.

Volvió a retumbar un trueno y una ráfaga de lluvia golpeó las ventanas.

Sarah estaba en su habitación. Era el único sitio seguro del mundo. Cada día la revisaba para comprobar que todo estaba donde debía. Aunque su madrastra apenas entraba allí, salvo para dejarle la ropa planchada o darle a Sarah un mensaje, no era de confianza. Solía metérsele en la cabeza que tenía que qui-

tar el polvo, aunque Sarah se asegurara de mantener limpio su cuarto, y entonces movía las cosas de sitio y no las colocaba donde estaban antes. Era fundamental protegerse contra aquel espíritu perturbador.

Todos los libros debían quedarse en la posición adecuada, clasificados por orden alfabético de autor y, dentro del grupo del mismo escritor, por orden de adquisición. Otras estanterías estaban llenas de juguetes y muñecos, colocados según las afinidades que sólo Sarah conocía. Las cortinas debían colgar de tal manera que, cuando Sarah estuviera tumbada en la cama, enmarcaran simétricamente el segundo álamo de la fila que se veía desde la ventana. La papelera estaba puesta de forma que su base tan sólo tocara el borde de una lámina en concreto del suelo de parqué. No sería seguro que las cosas no estuvieran así. En cuanto comenzara el desorden, la habitación dejaría de resultarle familiar. La gente hablaba de lo terrible que era un robo y Sarah ya sabía lo que se debía de sentir cuando un desconocido indiferente toqueteaba tus tesoros más preciados. La mujer que venía a limpiar tres veces por semana sabía que no tenía que entrar nunca en aquel dormitorio. Sarah se ocupaba de todo lo de allí dentro. Había aprendido a arreglar enchufes, a apretar tornillos y a colgar cuadros para que su padre no tuviera que entrar, a menos que quisiera hablar con ella.

Sarah ahora estaba en medio de su habitación, con los ojos rojos. Se sorbió la nariz y se mordió el labio inferior. Luego fue hasta su tocador y se quedó mirando una foto enmarcada, donde estaban su padre y su madre, y ella misma a los diez años, mirándola. Las sonrisas de sus padres eran confiadas. Su propia expresión en la fotografía era, pensó, un poco exagerada, sonreía demasiado.

A su alrededor, otros ojos la observaban. Había fotografías y pósteres que mostraban a su madre vestida con distintos disfraces para los papeles que había representado. Recortes de *Variety* pegados en el espejo del tocador, que elogiaban las actuaciones de su madre o anunciaban otras obras que iba a protagonizar. En la pared junto a la cama había colgado un póster que hacía publicidad de su último trabajo; en la imagen aparecían la madre de Sarah y su compañero de reparto, Jeremy, mejilla con mejilla, abrazados y sonriendo con seguridad. El fotógrafo había iluminado a la pareja estupendamente: ella salía preciosa y él, guapísimo, con aquel pelo rubio y una cadena de oro alrededor del cuello. Debajo de la foto había una cita de un crítico teatral: «Pocas veces he sentido que la audiencia irradie tanta calidez». El póster estaba firmado con una letra llena de florituras: «Para mi querida Sarah, con todo mi amor. Mamá». Y con letra distinta: «Mis mejores deseos, Sarah. Jeremy». Al lado del póster

había otros recortes de prensa, de diferentes periódicos, colocados en orden cronológico. En ellos se veía a las dos estrellas juntas cenando en restaurantes, bebiendo en fiestas y riéndose en un bote de remos. Los artículos eran todos sobre «el romance dentro y fuera del escenario».

Aún sorbiéndose la nariz de vez en cuando, Sarah fue a la mesilla de noche para coger la cajita de música que su madre le había regalado en su decimoquinto cumpleaños. Todavía mantenía vívido el recuerdo de aquel día maravilloso. Le habían enviado un taxi por la mañana, pero, en vez de acercarla a casa de su madre, la había llevado a las orillas del río, donde Jeremy y su madre la estaban esperando en el viejo Mercedes negro del actor. Salieron al campo para comer junto a una piscina que pertenecía a un club del que Jeremy era socio, donde los camareros hablaban francés. Más tarde, en la piscina, Jeremy se había puesto a hacer el payaso y había fingido ahogarse, con tal efecto que un anciano se llegó a almar. Se habían reído tontamente durante todo el camino de vuelta a la ciudad. En casa de su madre, Jeremy le dio a Sarah su regalo de cumpleaños, un traje de noche de color azul claro. Se lo puso aquella tarde para acompañarlos a un nuevo musical y luego fueron a cenar a un restaurante iluminado con luz tenue. Jeremy se reía con malicia de todos los miembros del reparto que habían visto en el musical. La madre

de Sarah había hecho como si desaprobara aquellos escandalosos chismorreos, pero lo único que conseguía era que Sarah y Jeremy se rieran más descontroladamente y los tres no tardaron en tener lágrimas en los ojos. Jeremy había bailado con Sarah mientras le sonreía. Bromeó con que el flash que vieron significaba que a la mañana siguiente aparecerían en todas las columnas de cotilleos, y de regreso a casa condujo muy rápido para quitarse de encima a los fotógrafos, o al menos eso afirmó con una sonrisa burlona en los labios. Al darse las buenas noches, la madre le dio a Sarah un paquetito envuelto en papel plateado y atado con un lazo azul claro. De vuelta ya en su habitación, Sarah lo había abierto para descubrir que era una cajita de música.

La melodía de «Greensleeves» sonó y una pequeña bailarina con un vestido rosa de volantes giró, haciendo piruetas. Sarah la observó con reverencia hasta que comenzó a moverse de forma más lenta y entrecortada. Luego la dejó y recitó en voz baja un poema que se había estudiado para la clase de inglés:

«Oh cuerpo al son mecido, oh encendida mirada,
¿podemos discernir el baile de quien baila?».

Era facilísimo aprenderse una poesía de memoria. No le había costado nada acordarse de aquellos versos cada vez que

abría la caja de música. «De hecho —meditó—, es más fácil recordarlos que olvidarlos». Entonces, ¿por qué estaba teniendo tantos problemas para aprenderse el diálogo de *Dentro del laberinto*? No era más que un juego. Nadie esperaba que lo ensayara, ni tampoco había público, excepto Merlín, para juzgar su interpretación. Debería haber sido coser y cantar. Frunció el entrecejo. ¿Cómo se le había ocurrido subir a un escenario si ni siquiera recordaba un diálogo?

Lo intentó de nuevo:

—Por increíbles peligros e innumerables fatigas, me he abierto camino hasta el castillo más allá de la Ciudad de los Goblins para recuperar al niño que me has robado...

Se detuvo, con los ojos clavados en el póster de su madre en brazos de Jeremy, y decidió que le ayudaría a prepararse para su actuación. Su madre le había dicho que, cuando se representaba un papel, se tenía que llevar los accesorios adecuados. El vestuario, el maquillaje y las pelucas... eran más para el bien del actor que para el público. Te ayudaban a escapar de tu propia vida y «a encontrar un modo de entrar en el papel», como decía Jeremy. «Y después de cada espectáculo, te lo quitas todo y haces borrón y cuenta nueva». Cada día era como volver a empezar. Te podías reinventar. Sarah cogió un pintalabios del cajón del tocador, se puso un poco en los labios y los frotó uno contra

otro, como hacía su madre. Con la cara cerca del espejo, se aplicó un poco más en las comisuras de los labios.

Alguien estaba llamando a la puerta y la voz de su padre sonó al otro lado:

—¿Sarah? ¿Puedo hablar contigo?

Todavía mirándose en el espejo, contestó:

—No hay nada de qué hablar.

Esperó. Su padre no entraría, a menos que ella le invitara. Se lo imaginó allí de pie, con el ceño fruncido, restregándose la frente, intentando pensar qué debía decir a continuación, algo lo bastante firme para complacer a aquella mujer, pero a la vez lo bastante amistoso para tranquilizar a su hija.

—Será mejor que os deis prisa —dijo Sarah— o llegaréis tarde.

—Toby ha cenado —dijo la voz de su padre— y ya está acostado. Sólo tienes que asegurarte de que duerme bien, por favor; nosotros volveremos sobre las doce.

Volvió a haber una pausa; luego se oyeron unos pasos alejándose con una lentitud calculada para expresar una mezcla de preocupación y resignación. Había hecho todo lo que se podía esperar de él.

Sarah apartó la mirada del espejo y clavó los ojos con aire acusador en la puerta cerrada.

—¿De verdad querías hablar conmigo? —murmuró—. Tampoco es que hayas echado la puerta abajo.

Hubo un tiempo en el que no se habría ido sin darle un beso. Se sorbió la nariz. Las cosas habían cambiado mucho en aquella casa.

Se metió el pintalabios en el bolsillo, se limpió la boca con un pañuelo de papel y, cuando fue a tirarlo a la papelera, algo atrajo su atención. Para ser más exactos, le atrajo la atención ver que algo no estaba en su sitio. *Launcelot* no estaba allí.

Rápidamente rebuscó en su estantería de juguetes, muñecos y peluches, perros y monos, soldados y payasos, aunque sabía que sería en vano. Si el oso de peluche hubiera estado allí, permanecería en su sitio; pero había desaparecido. Habían violado el orden de la habitación. Las mejillas de Sarah se enrojecieron.

«Alguien ha estado en mi cuarto —pensó—. La odio».

En el exterior, el taxi estaba arrancando. Sarah lo oyó y corrió hacia la ventana.

—¡Te odio! —gritó.

Nadie la oyó, salvo Merlín, que no podía hacer más de lo que ya estaba haciendo: ladrar fuerte en el garaje.

Sarah sabía dónde iba a encontrar a *Launcelot*. Toby ya tenía todo lo que su corazón de bebé podía desear, tenía mucho más de lo que ella había tenido y, aun así, seguían dándole más, día

tras día, sin lugar a dudas. Irrumpió en el cuarto del niño. El oso de peluche estaba despatarrado sobre la alfombra, tirado como si nada. Sarah lo cogió y lo apretó contra sí. Toby, lleno de leche caliente, estaba casi dormido en su cuna, pero la entrada de su hermana lo despertó.

Sarah fulminó al bebé con la mirada.

—La odio. Te odio.

Cuando Toby empezó a llorar, Sarah se estremeció y abrazó más fuerte a *Launcelot*.

—Oh —gimió—. Oh, que alguien... me salve. Que alguien me saque de este horrible lugar.

Toby estaba berreando. Tenía la cara colorada. Sarah estaba lamentándose y Merlín ladraba fuera. La tormenta descargó un relámpago y un trueno justo encima de la casa. Las ventanas vibraron en sus marcos y las tazas de té bailaron en el armario de la cocina.

—Que alguien me salve —suplicó Sarah.

—*¡Escuchad!* —dijo un goblin, con un ojo abierto.

Los que estaban a su alrededor, encima o debajo de él, toda la guarida de goblins, se movieron, medio dormidos. Se abrió otro ojo, y otro, y otro; unos ojos de loco, rojos y con la mirada fija. Algunos goblins tenían cuernos, otros tenían los dientes puntiagudos; otros, los dedos como garras; otros iban vestidos con piezas de armadura,

con un casco o con una gorguera, pero todos tenían los pies escamosos y la mirada torva. Sin orden ni concierto, dormían juntos en una pila, en una sucia cámara del castillo del Rey de los Goblins. Sus ojos siguieron abriéndose y sus oídos se aguzaron.

—Vale, calla, calla ya —Sarah trataba de calmarse a sí misma, así como a su hermano—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Hmmm? ¿Oír un cuento? Muy bien —sin apenas pensarlo un segundo, retomó el hilo de *Dentro del laberinto*—. Érase una vez una hermosa joven cuya madrastra siempre la obligaba a quedarse en casa cuidando del bebé, que era un niño mimado que quería todo para él, y la muchacha era prácticamente una esclava. Pero lo que nadie sabía era que el Rey de los Goblins se había enamorado de ella y le había dado ciertos poderes.

En el castillo, los goblins abrieron los ojos de par en par. Estaban muy atentos.

Hubo un relámpago y retumbó otro trueno, pero ahora tanto Sarah como Toby estaban en silencio.

—Una noche —continuó Sarah—, cuando el bebé se puso muy desagradable, la chica llamó a los goblins para que la ayudaran. Y le dijeron: «Di las palabras correctas y nos llevaremos al bebé a la Ciudad de los Goblins para que puedas ser libre». Aquellas fueron sus palabras.

Los goblins asintieron, entusiasmados.

Toby estaba casi dormido otra vez y sólo quedaba una ligera protesta en su respiración. Sarah, que disfrutaba de su propia historia inventada, se inclinó sobre él, por un lado de la cuna. Estaba manteniendo a la audiencia bajo su hechizo. *Launcelot* estaba en sus brazos.

—Pero la muchacha sabía —prosiguió— que el Rey de los Goblins se quedaría con el bebé en su castillo para siempre y lo convertiría en un goblin. Así que sufrió en silencio durante más de un mes... hasta que una noche, agotada por estar todo el día matándose a trabajar en casa y herida por las duras e ingratas palabras de su madrastra, no lo pudo soportar más.

Sarah estaba tan cerca de Toby que le susurraba a su orejita rosada. De pronto, el bebé se dio la vuelta en su cuna y la miró a los ojos, que estaban a tan sólo unos centímetros de su cara. Hubo un momento de silencio. Entonces Toby abrió la boca y empezó a berrear a voz en grito, de manera insistente.

—¡Oh! —resopló Sarah, indignada, y se puso recta de nuevo.

Otro trueno retumbó y Merlín ladró con todas sus fuerzas.

Sarah suspiró, frunció el entrecejo, se encogió de hombros y decidió que no había otra solución. Cogió a Toby y caminó por la habitación mientras le zarandeaba en sus brazos con *Launcelot*. La pequeña lámpara de la mesilla proyectaba sus sombras en la pared, enormes y titilantes.

—Vale —dijo—, vale. Venga. Duérmete, niño, duérmete ya y todo eso. Venga. Toby, basta ya.

Toby no iba a parar porque ella le estuviera meciendo. Tenía muchos motivos para quejarse.

—Toby —dijo su hermana con severidad—, cállate, ¿vale? Por favor. O... —bajó la voz—. Diré... diré las palabras —alzó enseguida la vista hacia las sombras de la pared y se dirigió a ellas de forma teatral—. ¡No! ¡No! No debería. No debería. No debería decir... «Ojalá... ojalá...».

—*Escuchad —repitió el goblin.*

Todos los ojos brillantes de la guarida, todos los oídos, estaban ahora abiertos.

Un segundo goblin habló:

—*¡Lo va a decir!*

—*A decir, ¿qué? —preguntó un goblin tonto.*

—*¡Calla!*

El primer goblin se esforzaba por oír a Sarah.

—*¡Cállate! —exclamaron otros goblins.*

—*¡Callaos vosotros! —replicó el goblin tonto.*

En medio del alboroto, el primer goblin pensó que se volvía loco al intentar oír.

—*¡Shh! ¡Shhh!*

Le puso la mano sobre la boca al goblin tonto.

El segundo goblin gritó:

—¡Silencio!

Y les dio un mamporro a los que estaban más cerca de él.

—Escuchad —reprendió el primer goblin al resto—. Va a decir las palabras.

Los demás se las apañaron para quedarse callados y escucharon a Sarah atentamente.

Estaba de pie, erguida. Toby había llegado a gritar de tal manera que tenía la cara colorada y apenas podía respirar. Su cuerpo estaba tenso en los brazos de Sarah por el esfuerzo que estaba haciendo. *Launcelot* se había caído al suelo otra vez. Sarah cerró los ojos y se estremeció.

—¡No lo soporto más! —exclamó, y sostuvo sobre su cabeza al niño que chillaba, como si fuera la ofrenda de un sacrificio. Comenzó a recitar:

¡Rey de los Goblins!

¡Rey de los Goblins!

¡Si estás por aquí,

llévate a este niño

bien lejos de mí!

Un relámpago restalló y un trueno retumbó.

Los goblins dejaron caer las cabezas, alicaídos.

—No es así —dijo el primer goblin con mordacidad.

—¿Dónde ha aprendido esa idiotez? —se burló el segundo—.

Ni siquiera empieza con «ojalá».

—¡Shh! —dijo un tercer goblin, aprovechando la oportunidad para mandar a los otros.

Sarah aún estaba sujetando a Toby por encima de su cabeza. Colérico por aquello, Toby se puso a gritar incluso más fuerte que antes, lo que Sarah no había creído que fuera posible. Lo bajó para abrazarlo y consiguió que volviera a su volumen de gritos normal.

Agotada, Sarah le dijo:

—Ay, Toby, para. Pequeño monstruo. ¿Por qué tengo que aguantar esto? Tú no eres responsabilidad mía. Debería ser libre, debería divertirme. ¡Basta! Oh, ojalá... ojalá... —prefería cualquier cosa a ese pozo de ruido, ira, culpabilidad y cansancio en el que se hallaba. Con un pequeño sollozo, dijo—: Ojalá supiera qué palabras tengo que decir para que se te llevaran los goblins.

—No veo cuál es el problema —dijo el primer goblin con un suspiro impaciente y añadió con pedantería—: «Ojalá vinieran los goblins y se te llevaran ahora mismo». ¿Hmmm? No es tan difícil, ¿no?

En el cuarto del bebé, Sarah estaba diciendo:

—Ojalá... ojalá...

Los goblins estaban de nuevo todos atentos y se mordían los labios, tensos.

—¿Ya lo ha dicho? —preguntó alegremente el goblin tonto.

Los demás se volvieron todos a la vez hacia él.

—Cállate —dijeron, irritados.

El tornado de Toby se había apagado por sí solo. Respiraba hondo, con un gimoteo al final de cada respiración. Tenía los ojos cerrados. Sarah le volvió a dejar en la cuna, sin demasiado cuidado, y le arropó.

Caminó despacio hacia la puerta, y estaba a punto de cerrarla cuando el bebé dio un grito sobrecogedor y comenzó a chillar de nuevo. Tenía la voz ronca, y por eso gritaba todavía más.

Sarah se quedó inmóvil, con la mano en el pomo de la puerta.

—Aah —se quejó, impotente—. Ojalá vinieran los goblins y se te llevaran...

Sarah se calló.

Los goblins estaban tan en silencio que podría haberse oído parpadear a un caracol.

—... ahora mismo —dijo Sarah.

En su guarida, los goblins exhalaban de satisfacción.

—¡Lo ha dicho!

En un santiamén, desaparecieron en direcciones diferentes, salvo el goblin tonto, que se quedó allí agachado, con una sonrisa

naciéndole en la cara, hasta que se dio cuenta de que los demás se habían ido.

—Eh —dijo—, esperadme.

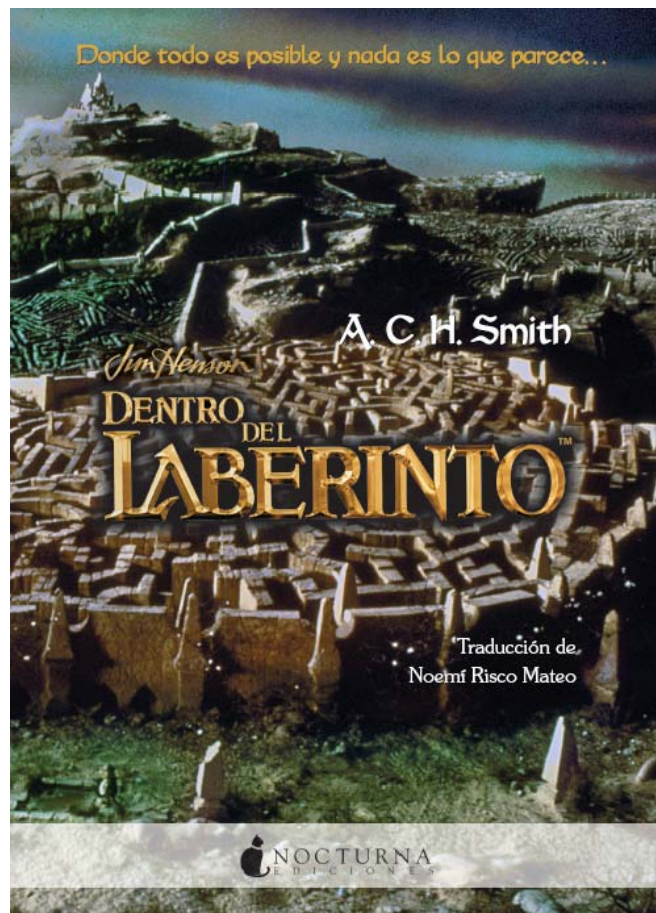
Y trató de correr en muchas direcciones a la vez. Luego, también él desapareció.

Un relámpago centelleó y un trueno retumbó en el aire. Toby soltó un agudo alarido y Merlín ladró como si todos los maleantes del mundo se estuvieran acercando.

SIGUE LEYENDO

DENTRO DEL LABERINTO

A. C. H. Smith



Nocturna Ediciones
ISBN 978-84-937396-7-6